

Mañana, nunca, ahora, ayer, siempre

1.- Mañana/Nunca

Seguro de sí mismo, Mario fantasea con su porvenir. Por fin ha ahorrado suficiente dinero para regresar a Andalucía y lo celebra a grandes zancadas. Se acabó el clima húmedo del norte, la persistente lluvia, el artesonado perenne de nubes negras, esta tierra rojiza que parece de almagre. La Arboleda, reflexiona, es un terreno lunar, un estrato dinamitado, un lugar irreal ajeno a todo lugar. Mario siempre odió estas minas a cielo abierto de Triano, la Eloísa, la Uragalla, la Magdalena, infectos fangales donde la muerte pasea a diario. También ha odiado hasta el tuétano las explosiones incontroladas, las rocas volando como tepes de trincheras, los barracones helados a modo de neveros, el rancho en mal estado de las cantinas... A Mario se le revuelven las tripas recordando los garbanzos agusanados, las habas mohosas, el tasajo reseco, pero nunca tuvo otra opción. ¡Las patatas estropeadas y el tocino podrido daban ganas de vomitar, pero estaban obligados a comprar en la cantina del capataz! ¡No hacerlo acarreaba el despido! ¡Además, qué caray, tenía hambre! Y luego los accidentes laborales rutinarios, semanales, casi cotidianos, sobre unas montañas donde la vida humana valía menos que nada. Mario aprieta los dientes rememorando las costillas malnutridas de los mineros, las manos violáceas de las lavaderas de mineral, el odio grabado a buril sobre las miradas de unos niños obligados a trabajar desde los seis años. Malditos fuesen todos los patronos y capataces del mundo. Malditos todos ellos y su inhumanidad. Mario intenta desechar los pensamientos de rabia y concentrarse en su luminoso futuro. Balanceado por sus sueños, ensimismado por la esperanza de un día mejor, Mario deja atrás los montes de Triano. Una tormenta lejana escolta sus ensoñaciones mientras se adentra en los terrenos lixiviados de Trápaga. Camina ligero y al hacerlo piensa en Rocío, su novia, que quedó en Jaén. Qué guapa es. Había pensado en escribirle una carta manuscrita anticipando su llegada, pero mejor así. Mario sonríe imaginando su sorpresa, él llegando a lo largo de un camino tachonado de baldosas blancas, ella enamorada extendiendo los brazos hacia él, las casas bajas, el sol alto, una sinfonía de vilanos de dientes de león danzando alrededor de ellos bajo un artesonado de balcones con olor a espliego, a somormujo, a azahar...

2.- Ahora

Mario mira al techo con gesto reconcentrado, sus ojos dos impenetrables piedras, dos ónices envueltos en oscuridad. La niebla crece alrededor de su jergón convirtiéndose en una frazada de sedienta opacidad. Como si la realidad se filtrase a través de una gasa, a duras penas puede verse las manos. Sus párpados entrecerrados asemejan dos cicatrices antiguas; su boca, un carámbano amoratado. Tiene frío. Tiene miedo.

—¡Mario! —escucha que le llaman desde muy lejos.

—¡Mario! —le vuelven a llamar.

Mario tiritita e intenta aferrarse al significado de su nombre, a esa voz lejana que le convoca. Pero la fiebre arrecia y el dolor regresa. Mario berrea de impotencia hacia la escayola sorda del techo. Pide agua. Le acercan un vaso que escupe entre convulsiones. Una tos ferruginosa, salpicada de asperges rojizos, llena de ecos la estancia. La tos ha asustado a algunos enfermos de las camas vecinas. De nuevo, la lengua lívida de Mario demanda más agua; una vez más, su buz agrietado no le permite tragar. Delgado como una estantigua, enflaquecido igual que un perro mal alimentado, se asfixia. Se asfixia sin remisión. Una enfermera se acerca y le palpa la frente.

—Su fiebre es altísima —anuncia con voz lastimera—. Se nos va.

Entonces Mario comienza a recitar una salmodia sin sentido sobre Andalucía, y su novia Rocío, y lo guapa que es, y lo bonito que es su pueblo de casas blancas con balcones que huelen a espliego, a somormujo, a azahar. Mario delira por la fiebre. No sabe dónde se encuentra y en su cabeza se dibuja una película distinta a la realidad. Frente a la ventana flotan motas de polvo que, iluminadas por la luz del mediodía, asemejan partículas de amianto.

En ese punto, un gran silencio desciende sobre el Hospital Minero de Triano. Encima del camastro, Mario se estira cuan largo es y deja escapar un último golpe de aire. En segundos, su cuerpo se vuelve pálido y endurecido. Así de rápido resulta morir. Un parpadeo. Un destello. Fosfenos. La pulmonía vence y nadie derrama una lágrima. El cadáver de un minero acontece un fenómeno ordinario, una sombra lejana, un perfil anónimo e impersonal.

La enfermera cubre el rostro de Mario con una sábana y anota en un cuaderno la hora de la muerte. En un margen también apunta su edad: veintidós años. Algunos enfermos de camas vecinas cabecean de disconformidad. Otros se persignan.

Sobre la cama queda un cuerpo exangüe, la carcasa deshabitada de Mario. De aquello que fue y soñaba con ser.

Y nunca fue. Y nunca será.

3.- Ayer/Siempre

En el puerto de Santurtzi, sentado sobre un noray, un hombre mastica un palillo. Por la espalda, arrastrando una pierna, se le acerca un hombre gordo. La transpiración dibuja densos meandros de humedad sobre la ropa del hombre gordo, que con un pañuelo sucio se limpia la frente.

Un revoloteo de gaviotas acompaña el encuentro. El hombre gordo aguarda que sea el hombre del palillo el primero en hablar.

—¿Aguantarán una semana? —pregunta, y al hacerlo un sabor acre le inunda la boca—. Te lo diré de otro modo, ¿aguantarán una puta semana esta vez?

—Por supuesto —el hombre gordo se sujeta la panza—. Esta travesía no ha sido tan calurosa como la anterior. Las patatas empiezan a florecer y el tocino a oscurecerse, pero todavía están de buen comer.

El hombre del palillo se yergue. De pie es mucho más alto que el hombre gordo. Con un gesto rápido le agarra de la pechera y le acerca la cara. Sus ademanes son violentos. Sus dientes, afilados.

—Debería matarte ahora mismo —le escupe a la cara—. La última vez me entregaste patatas mohosas y tocino podrido.

—Mierda, joder —desde la entrepierna del hombre gordo asciende un olor amoniacal y una mancha verdecedón se dibuja sobre sus pantalones—. Yo no sabía... cómo podía saberlo...

—¿No lo sabías, *cagondios*? Tuve a una cuadrilla una semana cagando mierda amarilla. Un niño casi muere deshidratado por la diarrea.

—Pero... —el hombre gordo intenta recomponerse— hostia... los mineros son duros... duros como el hierro que extraen de la piedra desnuda... joder... duros como putas rocas... pueden comer cualquier cosa...

El hombre del palillo empuja con fuerza al hombre gordo, que cae al suelo de forma estrepitosa. Le apunta con el dedo.

—¿Sabes lo que anda diciendo ese doctor Areilza? —aprieta la mandíbula—. ¿Sabes qué tipo de basura anda propagando? Dice que su centro de salud parece un hospital militar en primera línea de combate. Que las literas de los barracones están llenas de chinches y sobre los camastros la sarna campa por sus anchas. Que a los mineros les damos una papilla agraz que no hay cristo que la coma.

Hace una pausa y añade:

—¡Se me van a echar encima, *hostiaputa*!

—Como capataz sabrás convencerles —el hombre gordo se levanta del suelo sacudiéndose la suciedad—. Te digo lo que haré, te dejo a mitad de precio el cargamento de hoy. Todo el cargamento a mitad de precio. Por las molestias. ¿Te parece bien?

Un sol galvanizado incide sobre el pueblo de Santurtzi. Como si en ese instante el mundo aguantase la respiración, el puerto se detiene en un estado de pausa. El viento silba anticipando su aliento de salitre, los pantalanos se arrebolan de vergüenza. Huérfano de perfil, el horizonte prefigura una tachadura.

—De acuerdo —el capataz estrecha la mano del hombre gordo. Su presa es blanda y debe sostener una mano viscosa—. Pero te lo advierto, que sea la última vez.

Consumada la transacción comercial, el pacto entre escolopendras, un par de mozos pertrechados con zahones comienzan a cargar sacos. En el interior de los mismos aguardan patatas ennegrecidas y tocino que comienza a verdear. Los mozos deben cubrirse la nariz para protegerse de los efluvios. Ajenos a la podredumbre, el hombre gordo extiende un cigarro americano que el capataz acepta. Antes de que el cigarro se extinga, el hombre gordo ha pasado un brazo por encima de la espalda de su socio como dos buenos amigos.

Minutos después, sale de Santurtzi un carro lleno de comida que deja un oloroso rastro. Su destino es Triano.

En La Arboleda, Mario tiene hambre.

* * * * *